

EL AUTOR Y SU PERSONAJE.

AUTOR.- ~~Se~~ apagó la luz. ¿Quién anda ahí?

CLARINDA.- ¡Ja, ja, ja!

AUTOR (después de encender) ¿Quién es usted?
¿Que hace aquí?

CLARINDA.- ¿No me conoces? ¿No ves como rio?

AUTOR.- Señorita, no comprendo por que...

~~CLARINDA~~.- Nunca creo haberla visto aunque, la
verdad, lo deploro.

CLARINDA.- ¡Que absurdos sois los hombres! ¡Has-
ta los mas inteligentes, los mas psicólogos!

AUTOR.- No sé el porqué, señorita; mi memoria
puede serme infiel por unos instantes, pero su
mucha belleza, sus indudables encantos son sufi-
cientes para traer a mi recuerdo...si..., si;
usted es, sin duda... (Le interrumpe Clarinda con
una carcajada)

CLARINDA.- ¡Oh!, el glorioso autor, el afamado
artista, el envidiado comediógrafo, repasa aho-
ra sus aventuras...e infidelidades! No, no soy
ninguna de aquellas. (rie)

AUTOR.- Señorita, su mucha desenvoltura y descaro, junto al haber entrado en mi casa a estas horas avanzadas, me hacen pensar que sea...

CLARINDA. Una cualquiera, ¿no es eso?. Quizá. Yo soy una mujer que se ríe de todo, que nada toma en serio, que solo gusta de la burla, la diversión...; (en tono burlón) camino por la vida en busca solo del placer, sin que me arredren prejuicios, ni me detenga moral, ni me aten deberes, ni me asusten infiernos; miro siempre hacia mí sin que me importen ajenas desdichas ni me conmuevan dolores humanos; yo soy, en fin, Clarinda, la bella egoísta, aquella de la risa alegre y el corazón duro; soy tu obra perfecta. (Ríe)

AUTOR.- Creo que en su broma ha ido usted demasiado lejos. Sin duda oyó la lectura, no se en que sitio ni cómo, y pretende chancearse.

CLARINDA.- Nada duele tanto al padre como los defectos del hijo; ni tanto al autor como las burlas a su obra.

AUTOR.- Señorita, antes de que se me acabe la paciencia, ruego a usted tenga la bondad de mar-

charse. Lo que hace y dice no es propio de persona decente, y mucho menos de ninguna mujer.

CLARINDA. - Lo siento, no puedo marcharme.

AUTOR.- ¿Por que?

CLARINDA.- Estoy aprisionada

AUTOR.- ¿Dónde?

CLARINDA.- En ese manuscrito, en su cerebro, en el pensamiento de todos los que han escuchado la lectura de esa obra. Tu me creaste, me diste vida y ahora, a tu pesar, he de seguir viviendo

AUTOR.- Me está obligando a que yo mismo la ponga en la calle o llame a la policía.

CLARINDA.- No conseguiría nada.

AUTOR.- Mi esposa viene hacia acá. Márchese antes de que llegue y pueda pensar otra cosa.

CLARINDA.- ¿Y te importa que piense algo?

AUTOR.- No es este el momento de discutir. No quiero que en mi cuarto vea... a ciertas mujeres

CLARINDA.- No siendo primeras actrices, claro.

AUTOR.- ¡Váyase!

ESPOSA.- ¿Que te pasa, Alfredo? ¿Con quien hablas?

AUTOR.- Con esa... esa señorita.

ESPOSA.- ¿Quién?

AUTOR.- Esa que se está riendo (A Clarinda) ¿Quiere callarse ya?

ESPOSA.- Alfredo, ¿estás enfermo?

AUTOR.- ¿Enfermo yo? ¿Porque lo dices?

ESPOSA.- Por nada. Creí que no bebías.

AUTOR.- Ni bebo.

ESPOSA.- ¿Entonces...? Voy a llamar un médico.

AUTOR.- ¿Para quien? ¿Que significa todo esto?

ESPOSA.- Me das miedo, Alfredo... Ahí... ahí... no está nadie.

AUTOR.- ¿Como?

CLARINDA.- ¡No quería creerlo! Su esposa no puede verme porque yo solo existo en su imaginación

AUTOR.- Esto es una burda comedia concebida por ustedes no se con que fin. Elena, pon²ya mismo a esa mujer en la calle, si no quieres ir tu con ella.

ESPOSA.- ¡Que me haces daño! ¡Suelta me! (Sale corriendo)

CLARINDA.- Déjala, ella no tiene la culpa. Convencete tocando mi mano. (intenta tocarla pero pasa a través de ella como si fuera una sombra)

AUTOR.- ¡Oh! Debo estar loco.

CLARINDA.- Tal vez. Todas las personas lo son en algunos momentos de su vida. Y con muchas de ellas solo puede hablarse de cosas trascendentes en estos momentos de pasajera locura. ¿No has pensado nunca en ello, ilustre escritor?

AUTOR.- Siento un sudor frio por mi frente ¿Eres tan solo sombra irreal...? Pero no, no puede ser te veo y te escucho como a una persona normal...

CLARINDA.- Que, sin embargo, no pueden asir tus manos porque no se puede palpar el vacio. Si, autor, soy una ficción, ese mítico y deforme personaje que tu has creado, carente de humanidad y de sentido, porque no hay sentido ni humanidad donde no hay amor.

AUTOR.- Eso huele a cursi romanticismo.

CLARINDA.- Y vuestro realismo moderno, las mas veces, huele a estiércol y podredumbre y sabe a hieles y acibar.

AUTOR.- Es la vida misma. Retrato todos sus defectos y miserias: la realidad. Se mata sin conciencia y se destruye sin piedad, por la envidia

dia; se crea lo increable por la ambición. Toda la vida del hombre gira, como satélite, por su inalterable órbita, alrededor de estas dos grandes pasiones. ¿Y como quieres que no las pinte si son ellas, y nadie más, quienes mueven con sus fuerzas a la Humanidad? ¿Que culpa tengo yo, ni ninguno de los autores, de que sean feas y bajas? Hemos de decir lo que vemos y sentimos en torno nuestro; hemos de hacer un modelo que sea esencia y compendio de todos, que es lo humano, lo que no pasa.

CLARINDA.- Lo humano es el punto donde convergen, juntan y chocan, a un tiempo, el bien y el mal. Y tu solo has visto este último. Has de ahondar en las cosas que ves y sientes, que son superficial, para encontrar la fibra eterna de lo humano, no tan a flor de tierra como imaginaras ni tan asequible a cualquier inteligencia. A pesar de lo encrespado del mar en día de borrasca, abajo, en el fondo, reina la calma.

AUTOR.- Y la borrasca, ¿no es tan real como la calma, y lo primero que se observa? ¿No es, quizá, la que siembra desolación y horrores, segan-

do vidas y destruyendo.? Ante el tremendo choque de sus gigantescas olas, que nos destrozan, ¿nos detendremos a pensar que debajo de todo aquello hay una calma, que solo gozaremos cuando nos hayamos hundido con la nave despedazada? Seguro que no.

CLARINDA.- Aunque hubiera sido conveniente. Buqueando debajo se habría conseguido escapar del peligro.

AUTOR.- Imposible. Faltarían las fuerzas y la resistencia. Además, como tu dices, penetrando en el fondo, pudiera suceder que en el sea donde esté la tempestad y arriba, en la superficie, todo sea quietud.

CLARINDA.- Si arriba existe la paz, no tienes por que escharbar. Debes huir del cieno, ya esté en lo alto o en lo hondo.

AUTOR.- Pero yo, mala o buena, quiero la realidad.

CLARINDA.- Lo que perdura no es la realidad, que casi nunca es la misma; es mas perdurable aquello que no es, pero que debiera haber sido, pues significa esperanza, ilusión: dos fuentes de ener-

gía que mueven al mundo.

AUTOR.- Eso es idealismo.

CLARINDO.- Lo que a ti te falta. Has hablado de pasiones, de miserias y ruindades, y no ves las tuyas...; ni ves, tampoco, el bien que a tu lado tienes, ni el amor que te ofrecen sin interés: la hermosa calma que la borrasca de tu vida cubre y que tú, por cobardía o por egoísmo -no hay mucha diferencia-, no quieres traspasar y hundirte en su fondo de paz humana y real.

AUTOR.- ¿Te refieres a mi mujer?

CLARINDA.- Si. A ella que calle y sufre en silencio tu desvío.

AUTOR.- Te equivocas. Ella es sencilla y humilde y no concibe el mal. Es feliz. Si no lo fuera podría reprocharme, no tenía por qué fingir, por qué engañarme.

CLARINDA.- Ella no pretende engañarte, pretende engañarse. Es natural. Cuando amamos somos cobardes, nos asusta la verdad. Sentimos deseos de levantarnos contra lo que nos hiere pero te-

memos, al mismo tiempo, acabar de perder lo que nos resta de aquel amor. Y en la horrible disyuntiva de escoger entre nuestro cariño y lo que significaría su perdición, preferimos no creer en nada que nos lo merme o quite, negando la evidencia y desoyendo la razón.

AUTOR.- Si es sencilla, como lo es, mal puede haber pensado todo eso

CLARINDA.- Esto no se piensa; se hace por inconsciente intuición. Y es lógico. Conocer la verdad oponerse, es romper de una vez para siempre; callarse, cerrar los ojos y esperar, ofreciendo sin interés, es ilusión y esperanza en un mañana de arrepentimiento, de estimación hacia aquel cariño cierto y único...

AUTOR.- Me asombra con tu visión de las cosas. No te creé yo así.

CLARINDA.- Por eso vine, mi autor, para hacerte cambiar...de estilo y de ideas. Pero ya es hora de que me marche, de que desaparezca.

AUTOR.- No te vayas, quisiera continuar hablando contigo.

CLARINDA.-- No puedo. La hora de tu locura está pasando. Cuando acabe de pasar, habla contigo mismo..., y no me olvidarás. Quitá los ojos de la tierra, elévalos un poco al cielo; aquella es muy pequeña, éste es inmenso.

--.EL ESPEJO.--

Moreli era un sabio. Toda la gente, en el pueblo, lo decía: el cura, en el púlpito, le ponía como ejemplo de virtud e inteligencia; el boticario, en su tertulia, hablaba de él encomiásticamente, alabando sus muchos conocimientos e ingenio inventivo; el médico le consultaba sobre casos oscuros de su profesión; en fin, todos hablaban con veneración de su persona y todos acudían a él en demanda de luz para sus dudas y de soluciones para sus conflictos.

Moreli había escrito numerosos libros tanto científicos como filosóficos que, lujosamente encuadernados, podían verse en la biblioteca municipal; y nadie se atrevía a tocarlos, por el gran respeto que les infundían y porque se consideraban torpes e incapaces para comprender los profundos y trascendentales problemas que allí se estudiaban.

Cuando algún forastero llegaba a la pequeña ciudad tanto el mozo de estación que le llevaba las maletas, como el dueño del hotel, o el cocinero, o el Sr. a quien visitaba, le hablaban de Moreli y de sus descubrimientos. No había un solo ser, en aquellos contor-